

CAPÍTULO I

Pueblo de Los Notros, sur argentino, marzo de 1995

Oscurecía. El final del verano creaba sombras nuevas en el valle. Ñires y lengas anunciaban el oro rojo que teñiría sus hojas durante el otoño.

En la cima de la colina, el hombre que hachaba leña se detuvo a contemplar el espectáculo. Su figura imponente, oscura, se delineaba contra el arco azul formado por los cerros en el poniente.

Inmóvil, respirando el aire diáfano de la cordillera, el rostro vuelto hacia el sol, parecía un extraño tótem enclavado entre las montañas y el bosque, un Dios de piedra custodiando el valle.

El otoño era la época más hermosa en la montaña, cuando alternaban el verde profundo con el rojo y el dorado, cuando el río serpenteante perdía su ímpetu y retozaba entre los maitenes amarillos como si fuera inofensivo. Aquí y allá, algunos arbustos ofrecían todavía sus flores intensamente rojas. Los notros. Su abundancia en aquel rincón de la Patagonia había dado nombre al pueblo.

Newen no frecuentaba el pueblo. Prefería su vida solitaria y resguardada en la cabaña del monte. Como ayudante nativo de la oficina de Parques Nacionales, no podía evitar bajar a la civilización de vez en cuando para presentar sus informes o comprar provisiones. Él mismo se procuraba la mayor parte de ellas, pues conocía a fondo lo que ofrecía la naturaleza en el majestuoso escenario del bosque andino. Sabía, por ejemplo, que además de adornar el valle con sus manchones rojos, los notros tenían virtudes curativas. Había usado sus hojas en llagas y heridas y hasta para aliviar el dolor de muelas.

A pesar de haber vivido muy lejos de aquella tierra en otros tiempos, llevaba en sus venas la sangre puelche-guénaken y sabía que sus ancestros habían dejado allí sus huesos, en la comarca del Nahuel-Huapi y el Neuquén.

Puelche: “gente del Este”, como los habían bautizado los indios del otro lado de la cordillera de los Andes.

Gente del Este: altos, delgados y ligeros. Rostro ancho y serio, de pómulos marcados y ojos como obsidiana. Cabello liso y negro y boca gruesa de dientes magníficos. Ésa era toda su herencia. Ni el río ni el bosque le pertenecían ya, como tampoco habían pertenecido a su abuela ni a los abuelos de ella.

La tierra se había perdido hacía mucho a manos de otros indios y de los blancos.

Pero Newen tenía la suerte de poder vivir allí, de haber conseguido el puesto de ayudante de guardaparque, lo que, en cierto modo, lo había salvado de la humillación de emigrar. La tierra no era suya, pero vivía de ella y en ella, y la disfrutaba como si fuera su dueño.

Aquel atardecer era sólo para él y lo gozaba con los ojos y la piel como si fuera el último día de su vida. El presente era lo único cierto y no pensaba más allá del próximo amanecer.

Un gruñido lo distrajo de su ensimismamiento.

—Dashe... —murmuró en tono gutural.

Sin mirar, extendió su mano morena y callosa hacia la enorme cabeza gris que se frotaba contra su pierna. Ambos contemplando el anochecer, hombre y animal, formaban una imagen espléndida de fuerza y bravura.

Cuando titilaron las primeras estrellas, Newen abandonó el risco de la colina y se encaminó hacia la leñera, seguido de cerca por el silencioso perro lobo. Uno y otro sabían desplazarse sin ruidos, como fantasmas en la noche o espíritus del bosque.

Los rasgados ojos de Newen veían en la lejanía con la agudeza del halcón, mientras que Dashe atravesaba las sombras con sus ojos amarillos. Eran la pareja perfecta.

Newen tomó su camisa de franela de la roca donde la había dejado y cubrió su torso moreno, lustroso y bien formado. Cogió el hacha y, echándosela al hombro, subió el corto trecho que separaba la leñera de su cabaña.

La rústica vivienda, instalada en un promontorio rocoso del

cerro antes de su descenso en picada hacia el bosque, ya estaba envuelta en la oscuridad.

Newen encendería el farol, avivaría el fuego y daría de comer a Dashe. Luego podría fumarse un cigarro, mientras se cocinaba la liebre que había cazado en la mañana.

Esa noche necesitaba reflexionar, tomar una decisión que podría alterar su modo de vida solitario. Sentía gran dolor al pensar en lo que estaba a punto de perder, pero no podía postergar más la solución al problema de los cazadores furtivos. Había descubierto cinco la semana pasada. Eso, sin contar los que seguramente lo habrían eludido. El territorio era demasiado extenso para que pudiese dominarlo sólo un hombre con su perro. El comisario de Parques se mostraba satisfecho con su trabajo, aunque eso podía cambiar si él no conseguía mantener a raya a los cazadores. Cada año se multiplicaban. El turismo creciente en la región había empeorado las cosas y, si bien Los Notros era un poblado alejado del circuito turístico tradicional, los cazadores tenían un olfato especial para descubrir rincones vírgenes que luego convertían en cotos de caza donde podían satisfacer su pasión depredadora.

Hablaría con Medina. En el fondo de su pensamiento detestaba la idea y, no obstante, no podía hacer otra cosa. Pediría un ayudante, alguien capaz de sobrevivir a la soledad, al frío y a su propio carácter. Sonrió interiormente al pensar en esto último. No era necio y sabía que él no tenía un ápice de gracia o de compasión para tratar con la gente. No le importaba, aunque entendía la dificultad de los otros para tratar con él en los asuntos cotidianos.

El mismo Medina lo sufría, siendo como era un hombre astuto que había sabido apreciar las cualidades de Newen como rastreador y conocedor de la tierra, su amor por los animales y también, por qué no reconocerlo, su condición de hombre desesperado.

Medina era astuto, sí. Jamás había preguntado, pero sus ojos celestes, achicados por las arrugas de la piel curtida, descubrieron un punto vulnerable en Newen, algo que él no supo esconder del todo en la primera entrevista.

Y si bien él llegó a perfeccionar su máscara con el correr de los años, aquel resquicio por donde escapó en un instante su alma torturada perduró entre ambos como un secreto.

En realidad, el empleo de Newen no era oficial. Las autoridades del Parque podían procurarse baqueanos para facilitar el trabajo, única razón por la que Newen había conseguido el puesto. Sin estudio y sin oficio, pocas oportunidades habría tenido de escapar al destino marginal de tantos otros nativos excluidos de la civilización blanca. Tuvo la suerte de presentarse a pedir trabajo en el momento adecuado, en medio de un aluvión de turistas atraídos por la filmación de una película en los alrededores del lago Nahuel Huapi. Medina lo había contratado prácticamente sin papeles.

“Ya arreglaremos”, le dijo. Y cumplió su palabra. Al cabo de un mes de finalizada la película, le presentó su carnet y su designación como ayudante personal. Nada formal, apenas una carta garabateada por el propio guardaparque, pero eso bastaba.

Era lo mejor que podía esperar un fugitivo como Newen.

“En fin”, pensó mientras aplastaba su cigarro con la bota blanda sobre la tierra apisonada del suelo. “No hay más remedio.”

Solicitaría un ayudante. No sabía si Medina estaría de acuerdo. Le plantearía la gravedad de la situación del modo más crudo: o contaba con ayuda, o los ciervos y cóndores de la región se volverían leyenda.

Agachado frente al fuego, fue dando vuelta lentamente la espineta donde había ensartado el cuerpo de la liebre. Dashe soltó un gruñido apagado que hizo sonreír a Newen.

—Ya comiste.

El perro lobo estiró sus patas hacia delante y apoyó el enorme hocico en ellas, en actitud suplicante y engañosamente sumisa. Newen volvió a sonreír en su modo peculiar, sin mover los labios, sólo entrecerrando los ojos.

Dashe sabía lo que eso significaba y sacudió la cola, alentado.

—Ni hablar. Este bocado es mío.

Más audaz a cada momento, Dashe ensayó la técnica de girar de costado, mostrando su panza blanquecina y echando la cabeza hacia atrás.

Newen sacó su cuchillo de monte en un hábil movimiento y cortó una lonja de carne asada. Los ojos amarillos del perro, matizados de ámbar por el reflejo de las llamas, se entrecerraron de modo curiosamente parecido a los de su amo. Atento y expectante, fingía adormecerse, aunque la quietud de su abdomen lo delataba.

Al gesto repentino del brazo de Newen reaccionó con una poderosa dentellada que arrancó el manjar de los dedos del hombre.

—Vas a dejarme manco —protestó Newen, y su comentario traslucía orgullo por los reflejos atávicos de Dashe.

Era su compañero, el mejor, el más fiel.. Ese pensamiento lo inquietó. Lo llevó a considerar de nuevo el tema del “intruso”. ¿Cómo se llevaría Dashe con otro hombre en su territorio? No mejor de lo que podría llevarse él mismo. El tema de Dashe era un asunto difícil, pues ni siquiera Medina aprobaba del todo su presencia.

El perro lobo se había acercado una noche al patio de tierra de su cabaña, goteando sangre de una fea herida en el anca derecha. Una mordida que a Newen le recordó la marca que dejaban los pumas en el ganado, allá en las tierras donde él vivió en otro tiempo. Pero ya no se veían grandes gatos en el territorio de Los Notros.

El puma había padecido el destino de todo lo salvaje: si no se domestica, desaparece. Y como la naturaleza domesticada deja de ser salvaje, desaparece de todos modos.

Newen curó la herida del enorme perro con delicadeza y prudencia. No lo abordó enseguida porque, aunque estaba herido y buscaba ayuda, era un animal salvaje y desconfiado. Lo dejó arriarse al abrevadero y dormir en la leñera, tumbado sobre los troncos recién cortados. Al segundo día, mientras limpiaba de malezas el patio trasero, observó con el rabillo del ojo cómo el perro lo vigilaba anhelante. Entonces dejó como al descuido un trozo de carne fría sobre el banco de afilar. Esa noche, el perro durmió junto a la entrada de la cabaña, alerta a los movimientos del hombre en su interior.

Al tercer día, cuando Newen estaba listo para emprender su recorrida, el animal lo miró con expresión sufriente. Newen se agachó lentamente hasta que sus ojos quedaron a la misma altura. Comenzó a balancearse con suavidad, hacia delante y hacia atrás, murmurando una letanía con voz ahuecada y profunda hasta que el perro, hipnotizado, se dejó caer de lado. Sin abandonar esa lengua extraña, Newen se acercó con cautela y pasó una mano abierta sobre el flanco de la bestia herida.

Como si presintiese que aquello era bueno para él, el perro se entregó manso al dolor. Newen sacó de su zurrón la mezcla

molida que ya tenía preparada desde el día anterior y la extendió suavemente sobre la zona lastimada. El polvo actuaría como desinfectante para poder aplicarle después el otro mejunje, un ungüento hecho con aloe vera que ayudaría a cicatrizar. Si el animal se lo permitía, probaría sujetarle el emplasto con una tela alrededor del anca.

De este episodio que los había unido para siempre hacía ya tres años.

Newen no permitiría que nada ni nadie interfiriera en su relación con Dashe. Las pocas veces en que él bajaba al pueblo, lo hacía solo y siempre regresaba antes del anochecer. Jamás nadie subía a su refugio. Ni siquiera sabían a ciencia cierta dónde se encontraba. Desde el valle no se veía la cabaña, que estaba construida en la ladera opuesta y oculta por un bosquecillo de arrayanes.

Y, por supuesto, Newen no invitaba a nadie. No deseaba compañía.

Por eso lamentaba tener que pedir ayuda a Medina. Lo último que quería era compartir su refugio con otra persona, pero sabía que las cosas habían llegado al límite.

También por eso trabajaba en la leñera hasta el anochecer. Había empezado a construir una segunda vivienda, lo más alejada posible de la suya, para el nuevo ayudante. Si su pedido no era escuchado, de todos modos resultaría útil como depósito de herramientas o algo parecido.

La nueva cabaña no era más que una habitación minúscula con una sola ventana, orientada hacia el poniente de manera que no pudiera verse su propia casa desde allí, con suelo de tierra apisonada y techo de coihue. Suficiente para un muchacho que supiese apreciar las ventajas de un trabajo y un plato de comida. Él no vivía mucho más holgadamente tampoco.

Su refugio, de forma rectangular y mirando al sur, había sido edificado de acuerdo con los principios que seguían sus antepasados cuando levantaban sus toldos. Sólo que, en su caso, la cabaña poseía paredes de gruesos troncos firmemente atados en lugar de palos y el techo no era de cuero de guanaco, sino de un delicado entramado de caña del que él estaba especialmente orgulloso. En el interior, el único ambiente había sido dividido en dos niveles: el salón, presidido por la chimenea de piedra, y el attillo, al que se ascendía por una escalerita de troncos limados que se apar-

taba por las noches. Las únicas aberturas, además de la puerta, eran una ventana que permitía vigilar el sendero de acceso a la cima, y otra, mucho más pequeña, como una concesión al sol del este, que dibujaba círculos dorados en el piso todas las mañanas.

Newen no precisaba más. Aun lo que tenía era demasiado para él, pero no iba a tolerar que otro compartiera su refugio, fuera quien fuese. Su soledad era sagrada y más valía que el nuevo, cuando llegase, aprendiera su primera clase de supervivencia: no importarlo.

No alteraría su modo de vida por nada ni por nadie.

Después de la cena se levantó, malhumorado por sus propios pensamientos y resquemores, se puso su chaleco de lana rústica y salió a la noche a serenarse bajo la luz de las estrellas. Lo invadió el aire frío y cortante de las montañas, embalsamado con los aromas penetrantes del humo y de las agujas de pino.

Respiró hondo, ensanchando su pecho, y dirigió su vista al cielo, donde las estrellas ya habían tejido su encaje rutilante.

Dashe acompañó el silencioso paseo nocturno hasta el camino por el que se bajaba al valle, un sendero apenas, y luego se escabulló entre los matorrales para cazar sus presas.

El pueblo de Los Notros se adivinaba en la lejanía por un resplandor tenue que emergía del fondo del valle. Aunque la luna no había aparecido aún, Newen podía decir con exactitud dónde terminaba el bosque, dónde se abría la primera cascada, o en qué recodo del río los maitenes se inclinaban lo bastante como para rozar las aguas.

Se sintió mejor. “Lo que ha de ser será”, se dijo, mientras volvía a su casita iluminada por la calidez de las brasas y el farol que colgaba en la ventana.

Al trasponer la puerta de troncos, el primer rayo de luna recortó su figura corpulenta junto a la silueta flexible y poderosa de un lobo gris de las montañas.